

« pilares de la tienda de Melkghem? » Y asiéndose la barba con la mano : « ¿ Quieres, añadió, hacer despreciable esta barba al fin de mis dias y manchar la reputacion que yo habia ganado ? » ; Infeliz ! No has invocado el nombre de Dios. « Lo que yo preveia ha sucedido. Todas las tribus van á reunirse al Drayhy. ¿ Qué será entonces de nosotros ? No nos quedará mas arbitrio que humillarnos delante de Ebn Sihoud \*, de ese enemigo de nuestra raza, que se titula rey de los Beduinos ; él solo podrá defendernos del terrible Drayhy. »

Procuró Nasser tranquilizar á su padre asegurándole que no iban tan mal sus cosas como él temia. Entre tanto los Beduinos empezaban á tomar partido por uno ó por otro, pero los mas daban la razon al padre que entendia sus verdaderos intereses.

Jeque Ibrahim estaba muy descontento : deseaba internarse mas en el desierto, y avanzar hasta Bagdad, y se hallaba ligado á una tribu que se quedaba entre Damasco y Homs, con lo

\* Ebn Sihoud manda á millon y medio de Beduinos : reina sobre el pais de Derhié, de Medyde, de Samarcand, de Hygias y de Zamos ó Zamen. Estos pueblos se llaman los Wahabi.

Los Beduinos de la Persia, mandados por el emir Sahid el Feh-rabi, son mas de un millon, lo que unido á las tribus de Bagdad de Basora, de la Mesopotamia y del Horan, da una poblacion errante de cuatro millones de almas.

que perdía todo el verano, sin poder alejarse mas que con riesgo de la vida. Encargóme que tomase informes acerca del Drayhy, me enterase de su caracter, averiguase en qué sitios pasa el verano, adonde se retira en invierno, si admite á los estrangeros, y otras mil particularidades ; enfin, me dijo que tenia el mayor interés en recibir estos informes.

Difícil era obtener estos pormenores sin escitar sospechas : era preciso hallar á alguno que no fuese de la tribu de El Hassné. Al fin, logré relacionarme con un tal Abdallah *el Chahen* (el poeta), y sabiendo que estos suelen estar en favor con los grandes, le hice varias preguntas sobre todas las tribus que habia visitado, y supe con placer que habia vivido mucho tiempo con el Drayhy. Por él obtuve cuantas noticias necesitaba.

Un dia Nasser me hizo escribir al jeque de Sadding y al de Corietain para pedirles á cada uno mil piastras y seis machlas. Este derecho se llama derecho de fraternidad, y es un convenio entre los jeques de las aldeas y los mas poderosos gefes de Beduinos para ser protegidos de los estragos de las otras tribus. Esta contribucion es anual. — Estos infelices pueblos se arruinan por contentar á dos tiranos. — los Beduinos y los Turcos.

Mehanna tiene una fraternidad con todas las aldeas de los territorios de Damasco, Homs y Hama, lo que le produce una renta de sobre cincuenta mil piastras. El bajá de Damasco le paga doce mil quinientas, y las ciudades de Homs y Hama le dan además cierta cantidad de trigo, de arroz, de arropo y de telas: las pequeñas tribus le traen manteca y queso. A pesar de esto, nunca tiene dinero y con frecuencia se halla entrapado, sin tener gasto alguno que hacer, lo que nos admiró mucho, hasta que supimos que todo se lo regalaba á los guerreros mas famosos, así de su tribu como de las otras, y que así se habia hecho un partido poderoso. Siempre va muy mal vestido, y cuando recibe de regalo una hermosa pelliza ó algun otro objeto, se lo da al que á la sazón tiene al lado. El refran beduino que dice que la *generosidad cubre todos los defectos*, se halla verificado en Mehanna, cuya liberalidad es lo único que hace llevaderos los defectos de Nasser.

Poco despues de este suceso, fuimos á acamparnos á tres horas del Oronte, en un terreno llamado El Zididi, donde se hallan varios pequeños manantiales.

Habiendo ido un dia Mehanna con diez ginetes á hacer una visita al agá de Homs, volvió cargado de regalos de todos los comerciantes, que

quieren tenerle contento; porque cuando no lo está, intercepta el comercio despojando á las caravanas. Inmediatamente despues de su vuelta, salió Nasser para una espedicion contra la tribu Abdelli, mandada por el emir El Dogniani, y acampada junto á Palmira en dos cerros de forma igual, llamados Eldain (los pechos), y á los tres dias volvió, trayéndose ciento cincuenta camellos y doscientos carneros. En esta ocasion perdimos tres hombres y á Zamel le mataron la yegua que montaba; en revancha, cogimos tres yeguas, matamos diez hombres y herimos á unos veinte. A pesar de este triunfo, los Beduinos estaban indignados de la mala fe de Nasser que no tenia ningun motivo de odio contra aquella tribu.

Por todas partes se concertaban las tribus con el Drayhy para destruir á la tribu El Hassné, y habiendo llegado esta noticia al emir Douhi, jefe de la tribu Would Ali, pariente y amigo íntimo de Mehanna y que, como él está obligado á escoltar la gran caravana, llegó un dia, con treinta ginetes, á avisarle del peligro que le amenazaba. Los principales de la tribu salieron al encuentro de Douhi; cuando este entró en la tienda, pidió Mehanna el café, pero el emir le detuvo y le dijo: — «; Mehanna, ya está bebido tu café! No vengo aqui á beber ni á comer, sino

« á prevenirte que la conducta de tu hijo Nasser « Bajá (título que le daba por escarnio) trae la « destruccion sobre tí y los tuyos; sábeta que to- « dos los Beduinos han formado una liga y van á « declararte una guerra á muerte.» Mehanna, mudando de color, exclamó. « ¡ Mira! ¿ estas con- « tento, Nasser? ; tú serás el último de la raza « de Melkghem! »

Nasser, lejos de ceder, respondió que haria frente á todos los Beduinos y tendria el auxilio de 20,000 Osmanlis, lo mismo que el de Mola Ismael, jefe de la caballería curda que lleva el chacó. Douhi pasó la noche procurando disuadir á Nasser de sus proyectos sin poder conseguirlo; al dia siguiente partió, diciendo: « Mi conciencia « me prohíbe unirme á vosotros. El parentesco « y el pan que hemos comido juntos me pro- « hibien declararos la guerra; ¡ adios! os dejo « con sentimiento. »

Desde aquel momento empezamos á pasarlo muy mal con los Beduinos, y no podiamos dejarlos, porque todos los que se alejaban de las tiendas eran asesinados. — Todo era ataques por una y otra parte, cambios de campamento imprevistos, para ponerse mas en seguridad; — alarmas, represalias, continuas disputas entre Mehanna y su hijo; pero el anciano era de un caracter tan bondadoso y crédulo que Nasser

acababa siempre por persuadirle que tenia razon.

Mil rasgos nos contaron de su sencillez, y entre otros que estando en Damasco mientras que Youssouf Bajá, gran visir de la Puerta, tenia allí su corte de vuelta de Egipto, despues de la partida de los Franceses, Mehanna se presentó á él como todos los grandes; pero poco al corriente de la etiqueta turca, se llegó á hablarle sin ceremonia, haciéndole el saludo de los Beduinos, y se sentó en el diyan á su lado sin esperar á que se le invitase á ello. — Youssouf, igualmente, poco acostumbrado á las costumbres de los Beduinos, é ignorando la dignidad de aquel viejecito mal vestido que le trataba tan familiarmente, mandó que le echasen á la calle y le cortasen la cabeza. — Preparábanse ya los esclavos á ejecutar esta orden cuando exclamó el bajá de Damasco: « ¡Teneos! ¿ qué vais á hacer? Si cae un « pelo de su frente, nunca podreis, con todo « vuestro poderío, enviar una caravana á la Me- ca. » — Inmediatamente dió contraorden el visir y le sentó á su lado; dióle el café, le hizo poner un turbante de cachemira, un rico gombaz (ropon), una pelliza de honor, y le presentó mil piastras. — Mehanna, sordo y sin entender el turco, no sabia qué era aquello que pasaba, pero quitándose sus lujosas ropas, se las dió á

tres de sus esclavos que le habian acompañado. — Hizole preguntar el visir por el dragoman si no estaba contento de su regalo, á lo que respondió Mehanna: — « Decid al visir del sultan que nosotros los Beduinos no procuramos distinguirnos por la buena ropa; yo voy mal vestido, pero todos los Beduinos me conocen, y saben que soy Mehanna el Zadel, hijo de Melkghem. » — El bajá, por no enojarle, afectó reír y estar muy contento de él.

En fin se pasó el verano. En el mes de octubre, la tribu se halló en las cercanías de Alepo. — Mi corazon latia de gozo de hallarme tan cerca de mi patria, pero con arreglo á nuestras condiciones ni aun podia dar noticias mias á mis amigos. — Jeque Ibrahim deseaba ir á pasar el invierno á Damasco, y ningun Beduino se atrevia á conducirnos á esta ciudad; con sumo trabajo conseguimos hacernos escoltar hasta un pueblo, á dos dias de Alepo, llamado Soghene (*la caliente*). Los hospitalarios vecinos se disputaron el placer de recibirnos; un baño caliente natural ha dado su nombre al pueblo, y la hermosura de sus habitantes debe atribuirse á la bondad de sus aguas termales. — De allí pasamos á Palmira con un trabajo de que nos indemnizó el placer de volver á ver á Jeque Ragial. Despues de pasar quince dias con nuestros

amigos, salimos de nuevo para Corietain, donde Jeque Selim y el cura Moussi nos recibieron con un verdadero interes; no se cansaban de escuchar nuestras historias sobre los Beduinos. — Jeque Ibrahim respondia á su amistoso desvelo por nuestros asuntos, diciendo que nuestra especulacion iba á las mil maravillas, que habiamos ganado mas de lo que esperábamos. — mientras que verdaderamente, entre las pérdidas y los regalos, no nos quedaba ya nada mas que las mercancías en depósito en casa de Moussi. — Treinta dias perdimos en Corietain organizando nuestra partida. — El invierno avanzaba rápidamente, y nadie se atrevia á darnos cabalgaduras, convencidos de que seriamos despojados en el camino: en fin Jeque Ibrahim compró un mal caballo, yo alquilé un burro, y con un tiempo detestable y un viento glacial, salimos acompañados de cuatro hombres á pie para la aldea de Dair Antie. Al cabo de algunas horas, llegamos á un desfiladero entre dos montañas, llamado Beni el Gebelain: en este punto llegaron sobre nosotros veinte ginetes beduinos: nuestros conductores, lejos de defendernos, esconden nuestras escopetas y permanecen inmóviles espectadores de nuestro desastre: los Beduinos nos roban y no nos dejan mas que la camisa. — Imploramos la muerte mas bien que el que nos de-

jen de aquel modo espuestos al frio : al fin, compadecidos de nuestra situacion, tuvieron la generosidad de dejarnos á cada uno un *gombaz* ; por lo que hace á nuestros rocines, eran harto malos para tentarlos, pues como apenas podian andar, los hubieran retrasado inútilmente en su carrera. — Continuamos tristemente nuestro camino ; la noche se echaba encima, y el frio que era excesivo, pronto nos hizo perder el uso de la palabra : teniamos los ojos encendidos y el cutis azul ; al cabo de poco tiempo caí al suelo desmayado y helado. Jeque Ibrahim hacia ademanes de desesperacion á los guias, sin poder hablarles ; uno de ellos, siriaco cristiano, se compadeció de mí y de la afliccion de Jeque Ibrahim, tira al suelo el caballo medio muerto tambien de frio y de cansancio, le mata á palos, le abre el vientre y me mete sin sentido en su piel, no dejándome mas que la cabeza fuera. Al cabo de media hora, volví en mí, muy asombrado de sentirme resucitar y de verme en semejante postura : el calor me volvió el uso de la palabra y dí las mas expresivas gracias á Jeque Ibrahim y al buen Arabe ; cobré brios y saqué fuerzas para andar. Poco despues nuestros guias gritaron : — ¡ El pueblo ! ¡ el pueblo ! y entramos en la primera casa, que era la de un herrero, llamado Hanna el Bifar, quien se tomó el mas vivo inte-

res por nuestra situacion, se dió prisa á cubrirnos á ambos de estiércol de camello, y nos dió, gota á gota, un poco de vino ; habiendo reanimado así en nosotros la fuerza y el calor, nos sacó de nuestro estercolero, nos metió en la cama y nos hizo tomar una buena sopa. — Despues de un descanso indispensable, tomamos prestadas doscientas piastras para pagar á nuestros guias y pasar á Damasco, adonde llegamos el 25 de diciembre de 1810.

M. Chabassan, médico frances, el único Franco que habia en Damasco, nos dió la hospitalidad ; pero como debiamos pasar allí el invierno, nos establecimos mas adelante en el convento de los lazaristas, que estaba abandonado.

No describiré la célebre ciudad de Scham ' (Damasco), la puerta de la gloria (Babel Cahbé) como la llaman los Turcos. Nuestra larga residencia nos ha facilitado el conocerla á fondo, pero la han visitado y descrito demasiados viajeros para ofrecer un interes nuevo. Vuelvo á mi relacion.

Un dia, estando en el bazar, pasando el tiempo á la usanza turca, vemos llegarse á nosotros un beduino que nos abraza diciendo : ¿ No reconocéis á vuestro hermano Hettal que ha comido vuestro pan en Nouarat-el-Nahman ? — Contien-

\* Scham significa sol.

tísimos del encuentro, le llevamos á nuestra casa, y habiéndole obsequiado é interrogado bien, supimos que las cosas de la tribu Hassné iban muy mal, y que la liga contra ella se estendia cada dia mas. Hettal nos contó que era de la tribu de Would Ali á cuyo jefe Douhi conociamos. Esta tribu pasa el invierno en los territorios de Sarka y de Balka, se estiende desde el pais de Ismael hasta el mar Muerto y vuelve al Horan á la primavera. Propúsonos visitarla, respondiendo de nosotros, y prometiéndonos un buen despacho de nuestras mercancías, y habiendo nosotros aceptado, quedamos convenidos en que vendria hácia el mes de marzo.

Jeque Ibrahim, habiendo recibido de Alepo, por conducto de M. Chabassan, un *group* de mil *talaris*, me hizo hacer nuevas compras; hechas que fueron se las enseñé preguntándole si nos quedaria algo á la vuelta. — « Querido hijo, me respondió, el conocimiento de cada caudillo de « tribu me produce mas que todas mis mercancías tranquilizate, tú tambien obtendrás tu beneficio en dinero y en reputacion: serás famoso « en tu siglo, pero es preciso que yo conozca á « todas las tribus y á sus caudillos. Cuento contigo para llegar hasta el Drayhy, y para eso es « preciso absolutamente que pases por Beduino. « Déjate crecer la barba, vistete como ellos é imi-

« ta sus usos. No me pidas ninguna esplicacion; « acuérdate de nuestras condiciones. » — « De- « nos Dios fortaleza, » fué mi sola respuesta.

Veinte veces estuve á punto de abandonar una empresa cuyos peligros todos veia sin conocer su objeto. Aquel silencio impuesto, aquella obediencia ciega me eran insoportables; sin embargo, el deseo de llegar al resultado y mi cariño al señor Lascaris me hicieron armarme de paciencia.

Habiendo llegado Hettall en la época convenida con tres camellos y dos guias, partimos el 15 de marzo de 1811, un año y veinti ocho dias despues de nuestra primera salida de Alepo. Hallábase entonces la tribu en un sitio llamado Misarib, á tres jornadas de Damasco. Nada notable nos sucedió en el camino; pasamos las noches á cielo raso, y el tercer dia, al ponerse el sol, estábamos en medio de las tiendas de Would-Ali, que presentaban un golpe de vista encantador. Cada tienda estaba rodeada de caballos, camellos, cabras y carneros, con la lanza del ginete clavada á la entrada; la del emir Douhi se elevaba en el centro. Recibiéonos este con el mayor agasajo, y nos hizo cenar con él; es hombre de mucha cabeza, igualmente temido y querido de los suyos. Tiene bajo su dominio cinco mil tiendas y tres tribus que se han unido á él, — á saber, la de Beniu Sakhre, la de El Serham y la de

El Sardié. Ha dividido á sus guerreros en compañías ó destacamentos mandados cada uno por uno de sus parientes.

Los Beduinos gustan mucho de oír historias y cuentos despues de cenar : he aquí una que nos contó el emir, y que pinta bien el sumo cariño que tienen á sus caballos y el amor propio que les causan sus buenas cualidades.

Un hombre de su tribu, llamado Giabal, tenia una yegua muy afamada. Hassad-Bajá, que era á la sazón visir de Damasco, le hizo por ella en varias ocasiones, todas las ofertas imaginables, pero inútilmente, porque un Beduino quiere tanto á su caballo como á su muger. Hizo el bajá amenazas que tampoco sirvieron de nada, y entonces se le presentó otro Beduino llamado Giafar quien le preguntó cuanto daria á quien le llevase la yegua de Giabal. — « Llenaré de oro tu morral de cebada, » respondió Hassad, que miraba como una afrenta no haber logrado su propósito ; — y como se descubriese esta conversacion, Giabal ataba su yegua de noche por el pie con una argolla cuya cadena entraba en su tienda, sujeta á una estaca hincada en el suelo debajo del fieltro que les servia de cama á él y á su muger. A media noche penetra Giafar á rastro en la tienda, y desliziéndose entre Giabal y su muger, empuja suavemente ya á uno ya á

otro : el marido se creia empujado por la muger, y la muger por el marido, y ambos se hacian á un lado. —Entonces Giafar, con un cuchillo bien afilado, hace un agujero en el fieltro, saca la estaca, suelta á la yegua, monta en ella, y cogiendo la lanza de Giabal, le pincha levemente con ella diciendo : — Yo, Giafar, soy quien se lleva tu hermosa yegua ; te lo aviso con tiempo, — y parte. Giabal se precipita fuera de la tienda, llama á sus amigos, toma la yegua de su hermano y por espacio de cuatro horas persiguen á Giafar. La yegua del hermano de Giabal era de la misma sangre que la suya, aunque menos bella. — Dejando atrás á todos los otros ginetes, estaba ya á punto de alcanzar á Giafar, cuando grita á este : — « Pellízcale la oreja derecha, y métele el estribo. » — Giafar obedece y parte como un rayo, con lo que se pierde toda esperanza de alcanzarle. Los otros Beduinos echan en cara á Giabal que él mismo es causa de la pérdida de su yegua<sup>1</sup> : — « Prefiero perderla, respondió, á « manchar su reputacion. ¿ Queriais que dejase « decir en la tribu Would-Áli<sup>2</sup>, que otra yegua

<sup>1</sup> Cada Beduino acostumbra á su caballo á una seña que le hace desplegar toda su velocidad. No hace uso de ella mas que en un grave peligro y no se la confia, ni aun á su hijo.

<sup>2</sup> Tribu cuyos caballos son los mas famosos entre los Beduinos.

« ha dejado atras á la mia? Me queda á lo menos  
 « la satisfaccion de que ninguna otra ha podido  
 « alcanzarla. »

Volvióse á su tienda con este consuelo, y Giar recibió el galardón de su destreza. — Otro nos contó que en la tribu de Neggde, habia una yegua tan famosa como la de Giabal, y por cuya posesion estaba como loco un Beduino de otra tribu, llamado Daher; despues de haber ofrecido en vano por ella sus camellos, y todas sus riquezas, discurrió teñirse la cara con zumo de yerbas, vestirse de andrajos, atarse el cuello y las piernas como un mendigo estropeado, é ir así á esperar á Nabec, el dueño de la yegua, á un camino por donde sabia que habia de pasar. Cuando le vió cerca, le dijo con voz desfallecida : — « Soy un pobre extranjero; tres dias hace que  
 « no he podido moverme de aqui para ir á buscar mi sustento. Voy á morir; socorredme y  
 « Dios os premiará. »

El Beduino le propone que suba á las ancas y le llevará á su pueblo, pero el bellaco responde : — « No puedo levantarme, no tengo fuerzas. » El otro, lleno de compasion, se apea, acerca su yegua y le monta en ella con muchísimo trabajo : — pero apenas se halla firme en la silla, Daher mete á la yegua los talones en los hijares y parte

diciendo : — « Yo, Daher, soy quien te la he quitado y me la llevo. »

El dueño de la yegua le grita que escuche; seguro de no poder ser perseguido, el otro se vuelve y se para á cierta distancia, porque Nabec iba armado con su lanza. Este le dice : « Me has robado mi yegua. Pues Dios lo ha querido así, te  
 « deseo prosperidad, pero te ruego que no digas á nadie como la has obtenido. — ¿Y porqué?  
 « pregunta Daher. — Porque otro podria estar realmente enfermo y quedarse sin socorro : tú  
 « serias causa de que nadie volyese á hacer una sola obra de caridad, por miedo de ser burlado como yo. »

Conmovido por estas palabras, Daher reflexiona un momento, se apea de la yegua y se la vuelve á su dueño abrazándole. Este le llevó á su casa, pasaron juntos tres dias y se juraron fraternidad.

Jeque Ibrahim estaba embelesado con estas historias que le hacian conocer el caracter y la generosidad de los Beduinos. — La tribu de Douhi es mas rica y menos rapaz que la de Mehana : sus caballos son mas hermosos. Quince dias pasamos entre ellos. Jeque Ibrahim hizo regalos á todos los gefes, y vendió algunos artículos á las mugeres, para sostener nuestro papel



de mercaderes : luego partimos para visitar á los tres jeques tributarios del emir Douhi.

Jeque Ibrahim me dijo que no tenia otro interés en quedarse entre los Beduinos que el de darme ocasion de estudiar mejor su lengua y costumbres ; — que era preciso, *para su comercio*, llegar hasta el Drayhy, — pero que era preciso que yo tomase apuntes exactos de sus nombres y de su número, que le era importante conocer.

Su modo de hablar es muy difícil de adquirir, aun para un Arabe, aunque en el fondo es la misma lengua. Dedicuéme á este estudio y no sin éxito : tambien obtuve en el discurso de nuestros largos viajes el nombre de todos los jeques, y la estadística de todas sus tribus, cosa que nunca habia podido hacerse hasta entonces ; al fin de mi viage daré su lista.

Las tribus numerosas tienen muchas veces que dividirse en destacamentos de doscientas y quinientas tiendas, y que ocupar un gran espacio para proporcionarse agua y pastos para sus ganados. — Recorrimos sucesivamente todos los campamentos esperando hallar los medios de hacernos conducir cerca del Drayhy que estaba en guerra con todos los del territorio de Damasco. En todas partes nos recibieron perfectamente.

En una tribu, quien nos ofreció la hospitalidad fué una pobre viuda. Para obsequiarnos, mató su último carnero y pidió pan prestado : dijonos que su marido y sus tres hijos habian muerto en la guerra contra los Wahabi, tribu muy terrible de las cercanías de la Meca. Habíéndole manifestado nuestro asombro de que se despojase por nosotros : — « El que entra en « casa de un vivo, nos dijo, y no come en ella, « es como si visitase á un muerto. »

Una tribu ya considerable se habia formado recientemente del modo siguiente ; un Beduino tenia una hija hermosísima, que el gefe de su tribu le pidió en matrimonio, pero él no quiso concedérsela, y para sustraerla á sus tentativas de seducción, huyó en secreto con toda su familia. Preguntando el jeque qué habia sido de el uno, le respondió: *Serah* (se ha ido). — *Serhan*, repuso (es un lobo), queriendo espresar así que era áspero de condicion, y desde entonces la tribu, de que aquel Beduino llegó á ser cabeza, se ha llamado siempre la tribu El Serhan (la tribu del Lobo). Cuando un Beduino es valiente y tiene buenos caballos, en poco tiempo se hace poderoso.

En fin supimos que habia llegado el Drayhy á Mesopotamia. Por entonces jeque Ibrahim tuvo

que ir á Damasco á buscar mercancías y dinero de que carecíamos igualmente. Allí trabamos conocimiento con un Beduino de una tribu de las orillas del Eufrates que se había conservado neutral en el asunto de Nasser. Este Beduino, llamado Gazens el Hamad, había pasado á Damasco con algunos otros á vender manteca : se obligó á cargar nuestros géneros en sus camellos y á llevarnos á la tienda del Drayhy, pero ah! no debíamos conseguirlo tan fácilmente. Apenas llegamos á Corietain para recoger nuestras mercancías, que habíamos dejado allí depositadas, recibimos la noticia de una victoria de Zaher, hijo del Drayhy, sobre Nasser, victoria que renovó la guerra con doble violencia : todas las tribus se pronunciaron por uno ú otro partido ; la del Salkeh, tribu de nuestro conductor, había sido atacada por el Drayhy, que llevaba adelante sus triunfos con encarnizamiento, y nadie se atrevía á atravesar el desierto. El señor Lascaris se desesperaba ; no podía ni comer, ni beber, ni dormir ; en fin, exasperado hasta el extremo de verse detenido en sus proyectos, la pegó conmigo. Entonces le dije : « Ya es tiempo de esplicarnos. Si quereis llegar adonde está el Drayhy para comerciar, la empresa es insensata y renuncio á seguiros : si teneis otros proyectos y motivos suficientes para esponer la

« vida, decidmelo y me hallareis pronto á sacrificarme por vos. » — « Pues bien, hijo mio, me respondió, voy á confiarme á tí ; sábetete que el comercio no es mas que un pretesto para ocultar una misión que se me ha dado en París : estas son mis instrucciones, divididas en diez puntos :

- 1º Salir de París para Alepo.
- 2º Buscar en este pueblo un Arabe fiel y tomarle á su servicio en calidad de dragoman.
- 3º Perfeccionarme en su lengua.
- 4º Ir á Palmira.
- 5º Penetrar entre los Beduinos.
- 6º Conocer á todos sus jefes y ganar su amistad.
- 7º Reunirlos á todos en una misma causa.
- 8º Hacerles romper todo pacto con los Osmanlis.
- 9º Reconocer todo el desierto, las paradas, los sitios donde se hallan agua y pastos hasta las fronteras de la India.
- 10º Volver á Europa sano y salvo despues de haber cumplido mi misión.

— « ¿Y Juego? le dije... » — Pero me impuso silencio y me dijo : — « Acuérdate de nuestras condiciones ; de todo te iré instruyendo á medida que vaya siendo necesario. Bástete ahora

« saber que quiero llegar á la tienda del Drayhy  
« aunque me cueste la vida. »

Esta media confianza me turbó como era natural y ahuyentó el sueño de mis ojos : hallar dificultades casi insuperables y no entrever mas que muy confusamente las ventajas de mi sacrificio, era situacion harto dura; mas con todo tomé la resolucion de ir hasta el fin, pues me habia obligado á ello, y no pensé mas que en los medios de salir airoso de mi empeño. Mi barba habia crecido : estaba perfectamente versado en el language de los Beduinos, y determiné ir solo y á pié á ver al Drayhy, pues este era el único medio de conseguirlo. Fui á ver á mi amigo Wardi, el que me habia vuelto á la vida metiéndome en el vientre del caballo, y le comuniqué mi proyecto. Despues de haber procurado disuadirme de él, previniéndome que las fatigas serian grandes, que tendria diez dias de penoso camino, que tendríamos que escondernos de dia, que no podriamos llevar con nosotros mas que lo estrictamente necesario, viendo que no podia hacerme retroceder, se obligó á servirme de guia mediante una crecida suma de dinero. Cuando comuniqué mis proyectos al señor Lascaris, me hizo tambien amistosas objeciones sobre los peligros á que me esponia, pero sin embargo ví que en el fondo estaba muy contento de mí.

Arreglamos todos nuestros asuntos, quedé en escribirle por la vuelta de mi conductor apenas llegase adonde estaba el Drayhy, y ya estaba muy entrada la noche cuando nos acostamos. Yo estaba muy agitado y de ello se resintió mi sueño, tanto que desperté al señor Lascaris. Soñaba yo que hallándome en la cima de una escarpada peña, á cuyo pie corria un rápido rio que no podia atravesar, me tendí á la orilla del precipicio, y que de repente un arbol echó raices en mi boca ; que crecia y estendia sus ramos como una tienda de verdura, pero creciendo me desgarraba la garganta, sus raices penetraban en mis entrañas, y el dolor me arrancaba violentos alaridos. Cuando conté mi sueño á jeque Ibrahim, se admiró, y me dijo que era de escelente agüero, y que me anunciaba un gran resultado despues de muchos afanes.

Era preciso que me cubriese de andrajos para no escitar ni las sospechas ni la codicia si llegaban á vernos. Voy á describir mi arreo de camino : — una camisa de algodón muy tosca, toda remendada ; un gombaz sucio y roto, un café muy viejo con un pedazo de lienzo, que fué blanco, por turbante ; una capa de piel de carnero que habia perdido la mitad de su lana, y unos zapatos que á fuerza de piezas y composturas pesaban cuatro libras ; á mas un cintu-

ron de cuero, del que pendia un cuchillo de dos filos; avios de echar yescas, un poco de tabaco y una pipa: me tizné toda la cara, y cuando me presenté con esta facha á jeque Ibrahim para despedirme de él, se echó á llorar y me dijo: « ¡Dígnese el Señor darte fuerzas para llevar á cabo tu generoso intento! Todo lo deberé á tu perseverancia. El Todopoderoso te acompañe y te guarde de todo peligro; ciegue á los malos y te traiga con bien para que yo pueda recom- pensarte! » No pude entonces contener mis lágrimas, pero pronto la conversacion tomó un giro menos triste, y jeque Ibrahim me dijo que si iba á París en aquel equipage, fácilmente podría ganar la vida enseñándome por dinero. Cenamos, y al anocheecer, me puse en camino. Hasta media noche anduve sin cansarme, pero entonces empezaron á hinchármese los pies, y como los zapatos me hacian daño, me los quité, pero entonces me lastimaban cruelmente los guijarros y las espinas de la planta que pastan los camellos. — Quise volverme á calzar, pero no pude, y aunque con gran trabajo, caminé hasta la mañana. Una pequeña gruta nos ofreció un abrigo para el dia: vendéme los pies, envolviéndolos en un girón que arranqué de mi vestido, y me dormí sin tener fuerzas para tomar ningun alimento. Todavía estaba durmiendo cuando me

llamó mi guia para partir, pero como tenia los pies tan hinchados, y me faltaba el ánimo, quise esperar al dia siguiente. — Mi conductor me echaba en cara mi debilidad: — « Ya sabia yo, me dijo, que erais demasiado delicado para un viage como este: bien os lo anuncié. Es imposible que nos quedemos en este sitio; si pasamos aquí la noche, tendremos que pasar tambien el dia de mañana, se nos acabarán las provisiones y nos moriremos de hambre en el desierto. — Mas vale renunciar á nuestra em- presa y volvernos mientras es tiempo toda- vía. »

Estas palabras me reanimaron y partí: arrastréme á duras penas hasta cerca de media noche, y llegado que hubimos á un llano donde la arena formaba grandes ondulaciones, descansamos allí hasta el amanecer. La primera claridad nos hizo ver á lo lejos dos bultos que nos parecieron camellos: mi guia muy asustado abrió un agujero en la arena para escondernos, y en él nos enterramos hasta el cuello. En esta penosa situacion estábamos con los ojos fijos en los supuestos camellos, cuando hácia el mediodia, exclamó Wardi: « ¡Lado sea Dios! no son camellos sino avestruces: » entonces salimos muy contentos de nuestro agujero, y por primera vez desde nuestra partida comí un poco de torta y

bebí una gota de agua. Allí nos quedamos hasta la noche, aguardando el instante de ponernos en camino: como estábamos entonces en medio de los arenales, sufría menos al andar. Pasamos el día siguiente durmiendo: nos hallábamos en frente de Palmira, al mediodía. El amanecer, después de la cuarta noche, nos sorprendió en la orilla de un gran río llamado El Rabib, que corre del mediodía al norte; mi guía se desnudó, me llevó á cuestras hasta la otra margen y volvió á recoger sus vestidos. Quise descansar, pero me dijo que no sería prudente pararse en un sitio donde el río era vadeable, y en efecto, no habíamos caminado media hora, cuando vimos acercarse al río quinientos Beduinos bien montados que iban de levante á poniente. Habiendo encontrado unas matas, allí nos detuvimos hasta el anochecer. — La sexta noche nos llevó á algunas horas del Eufrates, y el séptimo día ya estaba hecho lo mas difícil; si no me hubieran atormentado tanto los pies, hubiera podido olvidar todas mis fatigas en vista del magnífico espectáculo de la salida del sol en las orillas de aquel hermosísimo río. Unos Beduinos hospitalarios, cuyo oficio es hacer pasar de una orilla á otra, nos llevaron á sus tiendas, donde por primera vez comimos muy bien: allí tomamos informes acerca del Drayhy, que se hallaba á tres días de

distancia entre Zaité y Zauer. — Acababa de ajustar la paz con el emir Fahed, imponiéndole un tributo; me hablaron mucho de su talento guerrero y de su formidable valor, de su intención de acabar con Mehanna y Nasser y de volver á su desierto junto á Bassora y Bagdad. Estas noticias eran las que yo mas podía desear, é inmediatamente hice mi plan. — Pedí un guía para llevarme adonde estaba el Drayhy, diciendo á los Beduinos que era un comerciante de Alepo, que tenía un corresponsal en Bagdad que me debía veinticinco mil piastras y que acababa de quebrar; que como la guerra entre los Beduinos había interceptado las comunicaciones, no había tenido mas recurso que aventurarme solo, é ir á ponerme bajo la protección del Drayhy para llegar á Bagdad donde estaba comprometido todo mi caudal. Aquellos buenos Beduinos hacían votos porque Alá me hiciese recobrar mi dinero, y el mismo Wardi se tomó mas interés en mi viage desde que comprendió toda su importancia. Después de haber pasado el día examinando la tribu Beny-Tay, partimos al día siguiente bien escoltados, y nada interesante nos aconteció en nuestra marcha. El tercer día, al ponerse el sol, vimos las cinco mil tiendas del Drayhy, que cubrían el llano hasta cuanto alcanzaba la vista, rodeadas de camellos, de caballos y de rebaños

que ocultaban el suelo; jamás ví semejante espectáculo de poderío y riqueza. — La tienda del emir, en el centro, tenía ciento sesenta pies de longitud. — Recibíome muy cortesmente, y, sin hacerme ninguna pregunta, me propuso que cenase con él. Después de cenar, me dijo: — « ¿De donde venis? ¿Adonde vais? » Respondíle como había respondido á los Beduinos del Eufrates: — « Seais bien venido, repuso entonces: « vuestra llegada derrama mil bendiciones. Si « Dios quiere, lograreis vuestro intento; pero con « arreglo á nuestra costumbre, no podemos hablar de negocios hasta después de conceder tres « días á la hospitalidad y al descanso. » Díle las gracias y me retiré. — Al día siguiente despaché á Wardi con una carta para el señor Lascarís.

El Drayhy es hombre de unos cincuenta años, alto y de hermosa presencia, con poca barba y muy blanca: su mirada es altiva; pasa por el más capaz de todos los caudillos de tribus: tiene dos hijos, Zaer y Sahdoun, ambos casados, y que habitan la misma tienda que él. Su tribu, llamada El Dualla, es numerosa y muy rica. — La casualidad me favoreció maravillosamente desde los primeros días de mi llegada: el emir necesitaba un secretario; yo me ofrecí á serlo por el pronto, y no tardé en ganar su confianza con mis consejos, y con los informes que podía darle so-

bre las tribus que había estudiado. Cuando le hablé de mi asunto, manifestó tanto sentimiento de verme partir, que hice como que cedía á sus instancias. — Entonces me dijo: — « Si quereis « quedaros conmigo, sereis como mi hijo: « cuanto digais se hará. » — Aprovechéme de su confianza para instarle á pasar el Eufrates, con el fin de acercarle á jeque Ibrahim, manifestándole lo mucho que podía ganar su influjo sobre las tribus del país, separándolas de Nasser; representéle los muchos regalos que tendrían que hacerle, el terror que inspiraría á los Osmanlis, y el daño que causaría á sus enemigos consumiéndoles sus pastos. Como aquella era la primera vez que salía del desierto de Bagdad para pasar á Mesopotamia, mis consejos y mis informes le eran muy provechosos y los siguió. La partida ofrecía un espectáculo soberbio; los ginetes iban delante en caballos de raza, las mugeres en *hau-dags* cubiertos de ricas telas, encima de los dromedarios, rodeadas de esclavas negras. Hombres cargados de provisiones recorrían toda la caravana gritando: « ¿Quién tiene hambre? » y distribuyendopan, dátiles, etc. De tres en tres horas hacíamos alto para tomar café, y por la noche se levantaban las tiendas como por encanto. Seguíamos las orillas del Eufrates cuyas transparentes aguas brillaban como plata; yo iba caballero en una